



## El viaje de Amalia de Sajonia a Solán de Cabras

Paco Arenas

María Amalia Josefa de Sajonia. Pintada por Luis de la Cruz y Rios.

Mi noche de bodas fue de todo menos de miel. Mucho se ha hablado de ella, y de lo acontecido, siempre con algún adorno grotesco que no viene a cuento<sup>1</sup>. Toda novia espera un gran descubrimiento que le haga gozar; yo ni siquiera esperaba eso, nadie me dijo nada de que el pecado fuera necesario, nadie. Cuando me lo dijeron y me hablaron del placer, de que podría llegar a ver a Dios a través de las caricias del hombre amado, del cariño del esposo, acepté con cristiana resignación. Sí, hasta su Santidad así me lo aseguró. Nunca disfruté de ese placer, el yacer con mi no amado esposo era como estar en la sala de torturas de la Inquisición, un martirio para llegar a la santidad, un infierno en vida, un ganarse el cielo a través del martirio. Jamás recibí una caricia de mí no amado esposo que no fuese brutal manoseo babeante, nunca una palabra de amor escuché de sus labios, como no fuese para alguna de sus amantes. Sentir su pesado cuerpo sobre mi vientre me provocaba terror, sus fétidos<sup>2</sup> besos, náuseas y los preliminares, un sudor frío que me hacía ansiar la muerte. Afortunadamente el suplicio al que me sometía duraba lo que dura un abrir y cerrar de ojos, entraba como punzante y doloroso puñal, se derramaba en mi vientre y salía con la misma violenta premura.

Después de seis años de frustración y resignación, sabiendo que me estaba ganando el cielo a base de vivir en el infierno, un día el rey entró en mi dormitorio, no para descargar su pecaminosa lujuria sobre mí y marcharse, sino para decirme que por fin sus consejeros habían dado con la solución para mi infertilidad. Que mi yermo vientre se tornaría fecundo valle del que saldría su heredero. Callé, tampoco habría servido de nada negarme. Como todas las escasas noches que entraba en mi alcoba, no quise ser muralla y antes de que me empujase él, fui hacia la cama y me levanté las enaguas. La tortura cuanto antes pase mejor. Para que me fuese más leve pensaba en el canto de ruiseñores y los jilgueros, allá en Aranjuez, al tiempo que rezaba una oración al Señor para que, como siempre, terminase antes de empezar. Fue entonces cuando una vez más, con sus palabras, me pegó otra bofetada de las suyas:

—No seas obscena. No pienso tocarte mientras no haya garantías de que seas capaz de engendrar algo que no sea mi mal genio.

Me informó de que existían unas aguas milagrosas que actuaban sobre la fertilidad de las mujeres estériles. Y que por tanto no pensaba tocarme hasta que tuviese garantías de que sería para tener su here-

---

<sup>1</sup> Amalia de Sajonia llegó para casarse con su primo Fernando VII, procedente de un convento, sin la menor noción sobre sus «deberes» conyugales. Al entrar en la alcoba el rey, fue tal el pavor que despertaron en la recién casada los impulsos sexuales de Fernando VII, que tras correr por la habitación huyendo de él, cuando este consiguió «darle caza», la pobre chiquilla se hizo aguas menores y mayores encima, provocando la ira del rey felón, que llamó a la princesa María Teresa de Braganza para que la aleccionase sobre lo que este esperaba de su esposa, la cual se negó ya que era hermana de Isabel de Braganza, la anterior esposa de Fernando. Entonces encomendaron la misión a la camarera mayor, la cual también se negó, alegando que «nunca se había fijado en las cosas que su marido le hacía en la cama». Al final la chiquilla accedió, aunque para posteriores relaciones hubo de intervenir el mismo Papa.

<sup>2</sup> El rey era un fumador empedernido de cigarros, lo que le hacía tener un aliento fétido.

## Relatos. El viaje de Amalia de Sajonia a Solán de Cabras

---

dero. También me dijo que la nuera del conde de Torremúzquiz era la prueba viviente de ello. Y, sin más, se marchó en busca de lo que en mí despreciaba, casi tanto como yo.

Durante los meses restantes hasta el viaje no me visitó una sola noche, ni tan siquiera para humillarme o someterme a la tortura cotidiana del apuñalamiento de mi vientre. Tuve claro que yo para él era tan solo la matriz que necesitaba para tener un heredero que no fuese bastardo, como él. Él confiaba ciegamente en los criterios que le aseguraban que aquellas aguas tenían propiedades para fecundar mi vientre; mientras tanto prefería yacer en otros lechos, con otras mujeres que fuesen más complacientes y sumisas que yo.

Tal y conforme me dijo, fue. Pronto comenzaron los preparativos para mover todo el séquito de la Corte. Además de los Guardias de la Real Persona, más de ciento cincuenta personas<sup>3</sup> entre sirvientes, ministros, camareras, y hasta el obispo de Cuenca para bendecir cada una de nuestras copulaciones. En los días previos fue avanzándome cómo habían planeado que sería el tratamiento «termal», que sería diario con garantía de fecundación. ¿Dónde esconderse, cuando todos los ojos están pendientes de ti, si antes de suspirar ya tienes gente alrededor? ¿Qué soy? Escuché a toda la Corte hablar de mi obligación de parir un varón, un heredero, como si fuese la más sagrada eucaristía, la confirmación al bautizo de la primera noche en su lecho. Nadie tenía en cuenta mis deseos y necesidades. La necesidad y la prioridad es España, eso dicen, y esa prioridad que necesitaba la patria era dar un heredero al rey.

—Si ha de ser como él, mejor que no nazca nunca — pensaba yo.

Y llegó la hora del viaje y sus burlas, hasta sobre el nombre del pueblo de Beteta:

—Ve teta, mejor que ver, palpar, y no una, sino dos o más... —el muy ignorante, babeaba con tan solo pensarlo, sin recatarse ante mi presencia.

Nunca, en diez años, hube de soportarlo tanto tiempo en un espacio tan reducido como era el coche donde viajamos a Solán de Cabras, sin más compañía que el marqués de Sotomayor y la camarera mayor y la marquesa viuda de Vedmar. Fue un viaje muy pesado y agotador, por malos caminos. Terrible para mí, por su presencia, soportando sus gracias, que a mí no me hacían reír, más que nada porque tenían como único objeto hacer reír a su amante favorita, la camarera mayor, y a la vez humillarme a mí.

—Me parece que de este viaje vamos a salir todos preñados. Todos... menos la reina. —Se quejó limpiándose el sudor al salir de Sacedón. Sudando como lo que era.

Por fin llegamos a Solán de Cabras. Algunos lugareños se habían trasladado hasta las inmediaciones para aclamar a sus reyes, era preciso ver la cara que ponían algunos al vernos, sobre todo algunas muchachas. A una de ellas le escuché o creí escucharle:

—No se parece a las monedas, es feo y gordo<sup>4</sup>.

La cara de asombro de los lugareños era absoluta, sin saber muy bien si aplaudir o regresar corriendo en dirección a Beteta, Masegosa u otros lugares más distantes. Nunca habían visto tantos carruajes ni tan lujosos. Por aquellas tierras, en su tiempo, pasaron muchos soldados durante la guerra de la independencia, tanto españoles como franceses, más desarrapados que uniformados. Sin embargo, ver a los Guardias de la Real Persona: alabarderos, coraceros y lanceros, tan lujosamente uniformados y gallardos, que iban abriendo el paso en caballos de bella estampa, les producía aún más admiración que los lujosos carruajes, e incluso, más que la misma presencia de los reyes de España.

A los reales sitios de Solán de Cabras llegamos a última hora de la tarde muy cansados y, para mi alegría, incumplió su promesa de llevar a cabo el ritual prometido y fanfarronamente repetido durante el viaje. Fuimos fugazmente a los baños, más que nada para quitarnos el polvo del camino, cenamos y me preparé por si acaso le apetecía a su majestad; aunque ya sabía que no vendría. Durante la cena, mientras bostezaba fingiendo cansancio, miraba con torpe disimulo a una chiquilla de no más de dieci-

---

<sup>3</sup> 164 personas, además de los Guardias de la Real Persona (Guardia Real).

<sup>4</sup> María Antonia de Nápoles, su primera esposa, dejó escrito cómo, sintiéndose engañada, estuvo a punto de desmayarse la primera vez que vio a Fernando VII, al comprobar que el «mozo» más bien feo del retrato, era en realidad poco menos que un adefesio. Si así fue visto en su juventud, con veinte años más y treinta kilos de sobrepeso...

## Relatos. El viaje de Amalia de Sajonia a Solán de

séis años. Conociéndole, supe que ella sería la próxima virgen y mártir que pasaría por su lecho, porque él nunca aceptaba el no por respuesta: ya buscaría la forma y el modo.



Retrato de Fernando VII.  
Pintado por Vicente López Portaño.

majestad cogería el mismo camino que nosotras; pero no, él tomó otro distinto y con escolta, no solo de los Guardias de la Real Persona, que le debían obediencia ciega, sorda y muda.

Caminamos hastiadas por aquellos parajes, entre pinos, tilos, avellanos e incluso algún cerezo, desde donde contemplábamos a lo lejos el volar de pájaros, águilas o gavilanes. La visión era bella, pero la conversación tediosa y por repetitiva monótona; pero, ¿qué hacer aparte de rezar, si no nos daban otra opción? Él rey sí disfrutaba otros entretenimientos dentro de los reales sitios o fuera de ellos. Además de las noches, alguna siesta tampoco la paso en soledad. Otras veces aprovechaba para ir a cazar, y algunos días no aparecía hasta la noche. Por las noches cumplía su compromiso y yo resignada el mío.



Al día siguiente continuamos el ritual: toma de aguas, paseos, cada cual por su lado, cada cual con sus acompañantes. Temiendo su presencia más que deseándola. A la hora de la siesta pasó el señor obispo por mi alcoba, sin llamar, bendiciendo el lecho y a mi persona. Al rato llegó su majestad, que habiendo bebido más buen vino que las milagrosas aguas de Solán de Cabras, y habiendo pasado la noche en vela con aquella chiquilla, antes de tumbarse ya estaba dormido. Debo confesar que nada hice por despertarle. Los siguientes días cambió la historia; por la mañana tomábamos los baños por separado, yo con la marquesa de Vedmar y doña Carlota Sánchez. Nos sentábamos en las mesas por separado. No dijo nada su majestad sobre dormir la siesta, así que nada más comer, las azafatas, la condesa de Vedmar y doña Carlota Sánchez y mi moza de retrete, por si surgía cualquier incidencia, decidimos dar un paseo por aquellos bellos parajes, a falta de algo más interesante que hacer. Incluso, tomé la decisión de prescindir de la escolta de los Guardias de la Real Persona, pues, salvo el canto de los ruiseñores y las chicharras, dudaba que, aparte de las cabras, hubiese otros moradores. Pensé que tal vez su

Ya, cuando el hastió resultaba insoportable en aquel maravilloso lugar, ocurrió algo imprevisto que cambió todo. Quise realizar el trayecto yo sola; necesitaba rezar, encontrarme con Dios. Así que pedí a mis damas de compañía que se quedasen abajo, cosa que agradecieron: ni sus pies ni los míos estaban hechos para pisar piedras. Quería meditar en soledad sobre muchas cosas: sobre mi condición de esposa, de reina y tal vez de madre. Ninguna de las tres anhelaba, ni mucho menos me entusiasmaban, y a todas me resignaba, siempre que Dios tuviese a bien librarme de las obligaciones de cada una de ellas.

Solán de Cabras

## Relatos. El viaje de Amalia de Sajonia a Solán de

---

Rezando subí la empinada senda hasta el mirador, adentrándome algunos pasos entre la arboleda.

Me encontraba de rodillas, con las palmas unidas y los ojos puestos en el cielo, cuando apareció un cabritillo inmaculado que interpreté como la señal divina de que Dios escucharía mis suplicas, me quedaría preñada, y mi no amado esposo, al tener su heredero, me permitiría retirarme a un convento para dedicar mi vida al Señor o me llevase con él. Como si se tratase del bien y el mal, cuando acariciaba aquel blanco cabritillo apareció una serpiente. En mí, que tanto ansiaba la muerte, el pánico paralizó todo mi ser, hasta el punto de ser incapaz de gritar. Solo pude musitar:

—Señor Jesús, ven a mí, tú eres mi pastor y señor...

Entonces apareció él. Se trataba de un joven pastor de no más de veinte años. Con su bastón golpeó la cabeza de la serpiente, separándola del cuerpo como si fuese un cuchillo, y la retiró muerta de mi vista. Se presentó diciéndome que se llamaba Jesús. Temblando me abracé a él, sintiendo en sus brazos la protección que nunca antes había sentido en los de mi no amado esposo. Llegué incluso a besarle en la mejilla, agradecida.

—Tranquila, señora, es solo una culebra y no era ni siquiera peligrosa. Solo era eso, una culebra — me susurró al oído, mientras pasaba delicadamente su mano por mi espalda para tranquilizarme, sin pasar ni medio dedo su final.

Entre temblores, lloros e hipidos le agradecí al joven pastor su valentía. Vi sus ojos verdes, risueños, llenos de vida, me quedé embelesada en sus agradables facciones, en sus ojos... y sentí un deseo desconocido: besarle los labios. Solo el fuerte olor a cabra que desprendía, y mi decencia cristiana, me impidió hacerlo. Aunque no me consta, no lo recuerdo, ni tengo constancia de ello, algo debí gritar, pues los gritos de mis damas de compañía escuché llamándome alarmadas.

—Por favor, váyase buen rustico, no ponga en duda mi virtud. Mañana a esta hora venga, le recompensaré —le rogué, como antes había rogado al Señor.

Al instante desapareció con el cabritillo en brazos. Me recompuse como pude y comencé a bajar intentando aparentar tranquilidad. Aquella noche, mientras su majestad tomaba posesión de mi cuerpo, pensé en aquel joven pastor, que además tenía por nombre Jesús. Especulé que me lo había mandado el Buen Pastor, el mismo Señor Jesús, como respuesta a mis plegarias. El pensar en Jesús me hizo más llevadero el ser poseída por aquel ser grotesco, que era mi no amado esposo.

No fui capaz de regresar al día siguiente, sentía remordimientos de conciencia por desear ser abrazada, besada y amada por aquel cabrero, que olía a cabras y que, a pesar de todo, me producía menos náuseas que su católica majestad. Fingí estar indispuesta, y aquella tarde me quedé en mis aposentos, fantaseando por primera vez en mi vida con un hombre. Por la noche llegó el rey y se me hizo más placentero que otras veces, pensando en el cabrero. Aquella noche soñé con él, y entre sueños noté que algo fluía desde mi interior; desperté asustada, pero la sensación no podía ser más placentera. Entonces pensé que eso era lo que sentían las mujeres cuando eran amadas de verdad, cuando en lugar de sufrir por compartir lecho con alguien a quien no aman, lo hacen con la persona amada y gozan de los deleites del amor.

Al segundo día, que sería el último que estaría en Solán de Cabras, no pude evitar caer en la tentación. Preparé unas monedas y una sortija para recompensar a mi buen pastor. Pedí a mis damas, de nuevo, que me dejaran sola y que nadie me molestase en mi recogimiento y soledad.

Apenas llevaba unos minutos de rezos, pidiéndole al Señor que se cumpliera en mí su voluntad cuando apareció él, Jesús. Llevaba camisa y pantalón humildes pero limpios, pulcramente afeitado, y no olía a cabras, sino a romero y tomillo; los jilgueros cantaban alegres aquella tarde de finales de agosto, las chicharras anunciaban la tormenta que estaba a punto de suceder, me dejé llevar y solo pude musitar antes de besar sus labios con aroma a hierbabuena...

—Señor, hágase en mí tu voluntad.